

representados los grandes generales alemanes, los cuales no se regocijarán mucho de que cualquier ciudadano pueda recoger los mocos encima de sus caras. ¡Qué decir de la famosa idea del compatriota que se ha dedicado a fabricar rosarios con pedazos de granadas del 42? Pero lo que sobrepasa todo esto, es un paisaje, donde el autor ha pintado, en el horizonte, un sol en forma de cruz svástica; el pintor quiso, ciertamente, demostrar que al fin el verdadero sol alemán se eleva sobre Alemania pero, por desgracia, ha pintado, sin querer, el sol svástico a la izquierda del paisaje y en vez de ser una aurora, resulta ser un ocaso. El sol gamado que se pone. ¡Inútil comentar este desprecio!».

□ También el «Deutsche Allgemeine Zeitung», publica unos artículos sobre la joven poesía alemana, a la que tacha de poco viril y fuera de consonancia con el tiempo. Y el «Simplicissimus», para remate de exposición, una caricatura en la que se representa un jefe nazi, rodeado de humos de incienso, que le arrojan anónimas manos turiferarias, y el cual jefe, en actitud de mandato, dice:

«Afuera esta niebla! ¡Afuera el incienso! Nuestro trabajo exige claridad».

¡No tiene gracia este grupo de pastores que grita al rebaño: «Diviértase un poco, buena gente... No tanta inclinación de cabeza?...».

¡Será monsieur Flandin el único gobernante cuerdo del continente europeo?...

### Más sobre Alemania

□ La verdad es que a este pueblo se le ven tantos aspectos susceptibles de comentario jocoso, que las demás ocurrencias están bajo una capa secundaria y como esfuminadas en lo profundo. Pero hay en Alemania, indudablemente, una tan honda tragedia, un malestar tan intenso, un alarido tan desgarrado, que sería estúpido mirar solo un aspecto de las cosas y juzgar

por él. No. Hay mucho de cómico, pero todo ello está producido por una intensa tragedia que excusa, si no llega a justificar, muchas de las otras cuestiones y hasta el exceso de uniformes pomposos del general Hermann Goering. No es toda Alemania la que trasciende al través de las camisas castañas y los pasos exagerados de las fuerzas de asalto.

Una impresión de dolor, es la que se saca, mirando a Alemania, al terminar el reciente libro de André Chamson, «L'Année des Vaincus», editado por Grasset. La vida de un obrero francés entre compañeros alemanes se desarrolla en estas páginas, llenas de un amargo sabor de actualidad. El amor flota en medio de todas las desventuras. Es un libro más crudo, más sangriento y menos humano (en el exacto sentido de la palabra), que el de Hans Fallada. Más ambiente, por ser multitudinaria la vida, de angustia y desasosiego. Menos consuelo, porque la tragedia lleva y arrastra. Obra de una gran actualidad, más por las consecuencias que se coligen de ella que por su propia narración. Al leer el libro de Chamson, se vuelve la vista hacia el acto inédito del «Siegfried», de Giraudoux, publicado hace poco y se aúnan ambos cuadros, para completar un retablo trágico y adolorido de lo que es la masa alemana de nuestros días.

### Teatro

□ El teatro francés sigue siendo el dueño del cotarro. Los trabajos de Copeau, Dullin, Pitoeff, Gastón Baty y otros directores y actores, (no hay que olvidar a Louis Jouvet, de quien se habla más abajo), han conseguido que París no pierda la hegemonía teatral del mundo, a pesar de los duros golpes del capitalismo norteamericano, de la entusiástica fuerza de los rusos y de la amable complacencia que luce en los escenarios de Londres.

Ahora, varios estrenos sonados y famosos ya, ponen la luz que atrae la mirada entre las bambalinas y trastos de los escenarios de París. Limitados en espacio, las «Señales» se concentran